

PREGO GADEA, OMAR. (Cerro Colorado, Departamento de Florida, 17 de junio de 1927). Periodista, ensayista. Escribió en “Marcha” (1952-1956), en el “El Diario” (1962-1972), llegó a Jefe de Redacción), etc. Vivió en Francia (1974-1987). En la Agencia France Presse, fue Jefe de Turno Alterno del Servicio Latinoamericano. De regreso en Uruguay, fue Director de “Zeta”. Actualmente miembro del Consejo Editorial de “Cuadernos de Marcha”. Entre 1991 y 1996 fue Director de Prensa de la editorial “Trilce”. Obra publicada: “En este país” (notas periodísticas, 1968); “Los dientes (cuentos, 1969); “Julio Cortazar. Entretiens” (París, 1985, de esta obra se hicieron dos versiones en castellano: “La fascinación de la palabra”, Barcelona, 1985 y “Julio Cortazar”, Montevideo, 1990. Hay una edición en portugués: “O fascínio das palavras”, Río de Janeiro, 1985); “Reportaje a un Golpe de Estado” (reportaje, 1988); “Ultimo domicilio conocido” (novela, 1990); “Para sentencia” (novela, 1994); “Nunca segundas muertes” (novela, 1995). Participó en “La muerte hace buena letra” (novela colectiva, 1993). Escribió (con María Angélica Petit), “Juan Carlos Onetti o la salvación por la escritura” (Madrid, 1981) y coordinó “Miradas sobre Onetti” (1995). Figura en siete antologías. Es autor de prólogos, recopilaciones y notas en libros, diarios y revistas. Recibió siete Primeros Premios en diferentes concursos. En 1995 obtuvo el del diario “El Espectador” de Colombia, en el concurso “Juan Rulfo” de París, con el cuento “El día que me quieras”.

MOSQUITA MUERTA

Omar Prego Gadea

A esa hora las calles estaban desiertas y las casas parecían las de una ciudad abandonada. Había aros borrosos en torno a los faroles del alumbrado y no bien atravesé la calle Maldonado me golpeó el olor rancio que subía desde la costa. Pude imaginar el mar, chato y negro, agazapado como un animal entre las rocas de la escollera. La niebla empezaba a descender y a medida que avanzaba, el olor a bajante se hacía cada vez más intenso. El prostíbulo estaba allí, a media cuadra. La luz rojiza que se escapaba de la puerta entornada trazaba una raya en las baldosas desparejas de la vereda, como si marcara el fin de una zona o una frontera. La casa era baja, antigua, de una planta. Tenía dos ventanas enreja-

das, cuyos postigos cerrados transmitían una sensación de clausura definitiva, acentuada por la mugre acumulada en el antepecho. Empujé la puerta y entré a un zaguán estrecho, embaldosado en damero. Estuve allí un rato de pie, esperando que mis ojos se habituaran a la penumbra y después pasé a un patio interior, ancho, con claraboya, al que daban cinco o seis puertas. Había una decena de sillas arrimadas a las paredes. Tres hombres fumaban en silencio, sentados, pero ninguno movió la cabeza para mirarme. De una pequeña salita que tal vez diera a la calle salió una mujer, vestida con un traje largo, rojo, liso, que le llegaba hasta los pies, metidos en unos zapatos de altísimos tacones. A la incierta luz de una veladora la mujer y el traje parecía tener un mismo color violáceo. Era mas bien baja, gorda y llevaba el escaso pelo teñido de rubio recogido en la nuca. Su boca, anchísima y roja, envió dos o tres destellos dorados al abrirse en una falsa sonrisa.

—¿Está Blanca?

—Sí, pero está ocupada. Y va a seguir ocupada por un rato, —dijo, haciendo un gesto hacia los hombres que aguardaban.— ¿Quiere esperarla? Hay otras.

— Prefiero esperarla.

Me miró levantando la cabeza y entrecerrando los ojos, en un gesto aprendido en alguna película mexicana y me indicó una silla con un movimiento del brazo, tintineó como un carillón. Encendió un cigarrillo y se puso a fumar.

— Estos señores están antes que usted. ¿Hace tiempo que no viene por aquí? ¿Conoce a Blanca?

Le dije que no, pero que un amigo me había hablado de ella. La mujer dejó escapar un sonido que podía pasar por una risa y se perdió de vista taconeando en dirección a la puerta de la que había surgido, seguida por el tintineo del brazo. Me senté en una de las sillas libres, en una zona en penumbra, entre dos altas macetas de hortensias y me preparé para la espera. En una de las piezas que quedaban a mi izquierda escuchamos ruidos de pasos y después la risa de una mujer. Hubo otros ruidos confusos y por último la puerta se abrió. Una mujer alta, morena, vestida con una bata verde, brillante, casi fosforescente, quedó recortada en el marco de la puerta que mantuvo abierta.

— Adiós querido, —dijo, redondeando las vocales, imprimiéndoles un tono de burla y cariño.

Un hombre salió sin detenerse, mirando hacia el piso y caminó a pasos rápidos hacia la salida. La mujer permaneció un rato inmóvil, la mano en el picaporte, echó una mirada a los hombres que aguardábamos en silencio, se encogió de hombros y cerró la puerta, sin ruido. Pudimos

escuchar sus pasos en la pieza y, casi en seguida, el ruido de los elásticos martirizados de una cama.

Cuando me llegó el turno caminé hasta el extremo del pasillo y penetré en una pieza mal iluminada que olía a perfume barato y sudor. Era una de esas habitaciones antiguas, de techo elevado, en bovedillas. En el piso de madera algunas tablas parecían sueltas. La cama estaba cubierta por una colcha celeste, había un espejo de cuerpo entero, ubicado frente a la cama. La mujer se hizo a un lado para dejarme entrar y cerró la puerta, sin pasarme llave. Llevaba un kimono rojo, con flores bordadas y zapatos altísimos, rojos. Tenía el pelo renegrido suelto sobre los hombros y un cigarrillo pendía de sus labios carnosos. Me miró sin reconocermme, desinteresada.

– Debe hacer más de diez años, –dije.

Se detuvo, me miró con súbita atención y sus ojos castaños parecieron encenderse, súbitamente, como una luz que hubiera surgido de un pozo hondísimo. Pero fue apenas eso, un destello. Se dejó caer en la cama con lentitud, sin dejar de mirarme.

– Creía que te habías muerto.

– La hierba mala no muere. Vos no has cambiado. Al menos no demasiado. Te hubiera reconocido en cualquier lado, en la calle, en un café. Algún quilito de más, como mucho.

Dio una chupada al cigarrillo, lo aplastó en un cenicero en el que había varias colillas manchadas de rojo y se extendió en la cama.

– ¿Viniste a esto?

Sacudí la cabeza y me senté a los pies de la cama, evitando sus piernas, que ella recogió. La miré encender otro cigarrillo, sacudir el fósforo con un movimiento exageradamente lánguido y me clavó los ojos. Dejó escapar una bocanada y se quedó quieta, como en acecho.

– No te voy a robar tiempo. De todos modos pagaré la tarifa. ¿Cuánto estás cobrando?

Por primera vez oí su risa, ronca y triste, breve. Siguió fumando, como si estuviera pensando en otra cosa, y por un instante me pareció verla como era quince años atrás: frágil, inalcanzable, con una impredecible capacidad de evasión.

– No pienses que sos el único que viene y paga par tener el derecho de sentarse ahí mismo y ponerse a contarme su vida, en general cochinas. Pero no creo que eso te interese demasiado.

– En realidad querría hacerte una o dos preguntas.

– ¿Seguís revolviendo la mierda y espionando por el ojo de la cerradura?

– Tengo cuarenta años, empiezo a sentirme viejo y no sé hacer

otra cosa. No me gusta tener patronos. Y además lo que ves puede ayudarte a seguir viviendo. Al menos a seguir tirando un poco más.

– Puede ser. Yo estoy segura de que me voy a morir de puta.

Volvió a echarse a reír, pero un acceso de tos la interrumpió. Vi su cara congestionada, como si de verdad estuviera a punto de morir asfixiada. Se incorporó en busca de aire y siguió tosiendo hasta que los ojos, enrojecidos, se le llenaron de lágrimas.

– Bueno, dale, empezá de una vez. Tengo que trabajar.

– Ya te dije que te voy a pagar.

– Hay clientes esperando.

– Está bien. No te vi en el entierro de tu hermana.

Esta vez se sentó en la cama, se ajustó el kimono y me miró con fijeza. Era como si de golpe se hubiera alejado unos cuarenta metros y me observara con desconfianza, en guardia.

– Y a vos, ¿qué te importa?

– Da la casualidad que teníamos una cita el mismo día que la mataron. Y a mí me dio por pensar que alguien decidió que no convenía que habláramos. Tu hermana me había llamado por teléfono ese mismo día.

– Y a mí, ¿qué me contás? No sabía que ustedes se conocieran. ¿Cómo la conociste?

– Es un poco largo de explicar. Yo mismo no sé muy bien de qué se trata. Otro día te cuento cómo la conocí y dónde.

– Supongo que no vas a enredarme en tus porquerías. Esperanza y yo dejamos de vernos y hablarnos hace más de veinte años. Alguna vez nos cruzamos, en la calle y las dos fingimos no habernos visto.

– ¿Todavía no te han llamado de Jefatura?

– No. ¿Por qué? ¿Te soplaron algo?

– Por pura rutina. En estos casos la policía suele hablar con los familiares más cercanos. A lo mejor ni siquiera saben que tenía una hermana.

– Y vos sos lo suficientemente hijo de puta como para ir y decirse. ¿Es eso lo que estás tratando de decirme?

Unos pasos apresurados se detuvieron en el corredor y casi de inmediato alguien dio dos o tres golpes enérgicos en la puerta. Blanca volvió la cabeza en esa dirección, con una expresión de odio.

– ¿Que hay?, –gritó, con furia.

– Los clientes empiezan a impacientarse, nena. Uno ya está por irse.

– Que esperen. Estoy ocupada.

Aguardé hasta que los pasos se alejaron y encendí un cigarrillo.

Blanca se había recostado de nuevo contra la almohada, pálida.

– La muy perra, –escupió entre dientes.

– ¿Así que no sabés nada de la vida de Esperanza? Bueno, de la vida y de la muerte. Mirá que los tiras te van a preguntar lo mismo.

– Espero que no estés trabajando para los tiras. Es lo único que te faltaba. No sabía que estuvieras tan jodido.

Le eché una bocanada de humo a la cara, le dije que no estaba trabajando para los tiras, le hablé de la abuela, del aviso en los diarios y de los resultados obtenidos. Modifiqué algunos hechos, cambié dos o tres nombres, aquí y allá. Me siguió mirando con desconfianza y con asco. Después se quedó pensativa.

– Vamos a terminarla. Yo tengo que seguir trabajando, como dice esa vieja de mierda, y supongo que vos también. Y que quede claro que no tengo miedo. Ni de vos ni de ellos. Peor no me puede ir, si querés saberlo. Abreviando: Esperanza y yo fuimos siempre como perro y gato. Desde chiquitas. Ella se hacía la mosquita muerta y siempre se las arreglaba para que fuera yo quien cobrara cada vez que se armaba un lío. Debe haber empezado a salir con hombres, y te estoy hablando de hombres hechos y derechos, como se decía entonces, viejos incluso, nada de muchachos, a los catorce años. Tal vez menos, capaz que trece. Pero ella se daba unos aires de santita que no te imaginás y en casa le creían todos los cuentos. Vos conocés la historia, así que te ahorro detalles. Lo último que supe de ella es que andaba con un tal Delmonte o Dalmonte, no sé bien, un tipo que decía trabajar de detective o policía privado, allá por los setenta, cuando unos cuantos vivían temblando ante la perspectiva de que los tupas se los llevaran a la Cárcel del Pueblo. Si preferís, un guardaespaldas. Antes había sido soldado, pero lo dieron de baja por un asunto turbio, nunca supe muy bien que pasó. Creo que hasta salió en los diarios. Es o era un flaco muy alto, con cara de cuchillo. No sé si seguían juntos o no.

Se levantó, se ajustó el kimono y apretó los brazos contra el cuerpo, como si tuviera frío.

– Bueno, ahora se terminó. Andate porque si no voy a tener lío con esa serpiente de cascabel.

Saqué unos billetes del bolsillo y los dejé en la mesita de luz, sin contarlos.

– ¿Alcanza?

Se encogió de hombros, hizo una mueca, algo que tal vez quiso ser una sonrisa, pero sus ojos siguieron observándome con un rencor sigiloso.

En el preciso instante que pasaba junto a ella abrió bruscamente

el kimono, con ambas manos, como si corriera el cortinado de un teatro de feria.

– Ahora no estoy quemada, –susurró.

Volvió a ceñirse el kimono y se quedó mirándome, con una sonrisa verdadera en los labios. Los ojos le brillaban burlones.

– ¿Te acordás?

– Sí. Me contaste que te habías pasado el día en la playa y que te sentías como un cangrejo hervido.

– Y entonces vos no quisiste acostarme conmigo. Eras un caballero. Pero otros quince o veinte no hicieron como vos. Estuve una semana tirada en la cama, con todo el cuerpo huntado de pomadas y cremas desde la nariz hasta la punta de los pies. En carne viva. ¿Te acordás?

– Puede ser. Ha pasado mucho tiempo.

– Nunca te pregunté si fue por asco o lástima.

– No me acuerdo.

Nos despedimos y salí. En el patio había al menos una docena de clientes alineados contra las paredes, en silencio, hoscos. La mujer de los cencerros de oro estaba de pie, encuadrada en el marco de la puerta de su despacho, los brazos en jarra. Me hizo un saludo con la cabeza y eso bastó para agitar sus pulseras, que empezaron a tintinear. Afuera la niebla había ocupado toda la ciudad, como un ejército enemigo. De todos modos respiré hondo, hasta que me dolió el pecho. Después empecé a sentirme mejor.